

LAS BASES PSICODINAMICAS DE LA CULTURA

LUIS M^a ITURBIDE LUQUIN

(Universidad del País Vasco).

RESUMEN

Este artículo pretende ser una pequeña reflexión sobre el papel que las culturas desempeñan en la formación de la personalidad. En él se intenta reflejar la importancia que la cultura de cada sociedad tiene en la progresiva formación de una serie de actitudes en el sujeto, actitudes que, a largo plazo, van configurando la personalidad del mismo. No es nuestro propósito abordar aquí el lento y complejo proceso de socialización, sino llegar a determinar algunos aspectos, básicos en nuestra opinión, en el estudio de la cultura y la personalidad.

ABSTRACT

This paper attempts to be a small reflexion on the role of culture in the development of personality. We will try to stress the importance of culture which, in any social system, gradually develops a series of attitudes in its members. These attitudes, on the long run, will make up the personality of each member. We are not aiming here at dealing with the long and complex proces of socialization, but at determining some basic aspects which, in our modest opinion, are crucial in the study of culture and personality.

LAS BASES PSICODINAMICAS DE LA CULTURA

A lo largo de casi toda su historia el hombre ha tenido una conciencia muy vaga de la existencia de la cultura. Se puede afirmar incluso que, esa conciencia, ha sido lograda gracias a la observación de los contrastes que presentan las costumbres de la propia sociedad en relación a otra u otras con las que casualmente se ha entrado en contacto. Se trata de un «insight» basado en la diferencia de costumbres y que conlleva un análisis comparativo entre sociedades. Intentar comprender la propia cultura sin tener un marco referencial ajeno a la misma, imposibilita la consecución de un nivel de objetividad y de un rigor científico óptimo que permita la adecuada valoración de este término. Así pues, no es de extrañar que el conocimiento que el hombre moderno tiene

de la cultura se deba en gran parte al estudio de otras culturas y a las diferencias que éstas presentan respecto a la propia.

«A quienes no conocen más cultura que la suya no les es dado conocer ni la propia».*

No cabe la menor duda de que la observación y la recopilación de datos sobre la personalidad y las sociedades, aún hoy en día, presentan grandes dificultades. En el estado actual de nuestros conocimientos, todavía es preciso depender de las observaciones no sistemáticas y de los juicios subjetivos del observador para obtener datos sobre la personalidad en las diferentes culturas. Es patente la dificultad con la que tropieza un investigador para obtener un material que sea representativo y digno de crédito, ya que, la creación de técnicas objetivas y de instrumentos fiables para aplicar a los estudios de la personalidad no se encuentran en la actualidad suficientemente desarrollados. En la mayor parte de los casos contamos con la información de un solo observador, lo que dificulta la obtención de datos comparativos que nos permitan una visión más objetiva de los rasgos de personalidad en una cultura determinada. No obstante, a pesar de las dificultades y limitaciones que se nos presentan y que solo el tiempo hará desaparecer, la mayor parte de los investigadores están de acuerdo en señalar ciertos puntos básicos en el estudio de la cultura y la personalidad :

a) – Los patrones de personalidad difieren de una sociedad a otra.

b) – Los miembros de una misma sociedad presentan siempre una gran variabilidad en cuanto a la personalidad se refiere.

c) – En todas las sociedades se encuentran casi el mismo margen de variaciones y casi los mismos tipos de personalidad.

a.– En primer lugar, parece claro que todo aquel sujeto que tenga alguna experiencia con otras sociedades diferentes a la suya, apenas si podrá poner en tela de juicio que los patrones de personalidad difieren según la sociedad a la que se pertenece. El individuo mismo, tras un análisis comparativo, se encargará de resaltar esas diferencias con la finalidad de afirmar la unicidad y exclusividad de su comunidad. Casi todos los grupos reconocen este hecho tácitamente, intentando en muchos casos dar una explicación factible sobre el origen de estas desigualdades. En nuestra sociedad, hasta hace poco tiempo, la creencia más arraigada sobre la existencia de los diferentes patrones de personalidad era la de atribuir su génesis a factores biológicos. Así pues, aspectos como la raza, el sexo o la herencia eran la clave para intentar explicar las diferencias en el tipo básico de personalidad.

Estos factores biológicos condicionan en gran medida el tipo de experiencia que el individuo obtiene en la interacción con su medio, pudiéndose comprobar cómo, en un mismo ambiente, dos sujetos pueden obtener experiencias completamente diferentes dependiendo de su constitución física o de su inteligencia. Sin embargo, también podemos comprobar cómo sujetos de inteligencia y constitución física similar pueden obtener experiencias completamente diferentes según la consideración social que tengan o el status que ocupen dentro del grupo.

* Ralph Linton. (1945): «Cultura y Personalidad». Mexico: Fondo de Cultura Económica. P. 130

Considerar que todos los grupos humanos tienen la misma potencialidad psíquica, obviando las diferencias tan claras en la conducta manifiesta y en los sistemas de valor-actitud, supone una visión reduccionista del hombre. Las cualidades innatas del individuo son sencillamente uno de los diversos grupos de factores que intervienen en la formación de la personalidad, no estando todavía muy clara la incidencia real que tienen en este proceso. Estas consideraciones ponen de manifiesto que los factores biológicos son, por sí solos, insuficientes para explicar muchas de las diferencias que es posible observar entre los sujetos. Ante tal insuficiencia, la única alternativa es admitir que dichas diferencias son atribuibles al medio ambiente particular en el que crecen los miembros de las diferentes sociedades. Dicho de otra manera, aunque parece claro que las cualidades innatas del hombre (biológicamente determinadas) influyen sobre el desarrollo de la personalidad, el tipo de influencia que ejercen está en gran parte condicionado por los factores ambientales.

Dentro de los factores ambientales, los que parecen tener un mayor peso específico en la formación de la personalidad son las personas y los objetos. Tanto el comportamiento de los miembros de una sociedad cualquiera como la forma de los objetos que utilizan están en gran medida estereotipados, lo cual implica que se les puede describir en términos de modelos culturales. Por lo tanto, cuando afirmamos que la cultura está moldeando la personalidad de un individuo, lo que en realidad queremos dar a entender es que se ve condicionado por la experiencia que obtiene de su contacto con los mencionados estereotipos. Podemos afirmar que el sujeto recibe las influencias de la cultura a dos niveles completamente diferentes. Por una parte tenemos las influencias que se derivan de la conducta de los individuos hacia el niño, comportamiento normado por la cultura, que comienza a actuar desde el nacimiento y alcanza su auge durante la infancia. Por otra, contamos con las derivadas de la observación o instrucción que el individuo tenga de las pautas de conducta características de su sociedad. Muchas de estas pautas no le afectan directamente, pero le proporcionan modelos para el desarrollo de sus propias respuestas habituales para diversas situaciones.

En toda sociedad, la cultura determina mediante técnicas especiales de educación los estratos más profundos de la personalidad de sus miembros. Pero además, su influencia no se reduce a eso, sino que también modela el resto de la personalidad, suministrando al sujeto los modelos necesarios para sus respuestas específicas. Este proceso que comienza en los primeros años del desarrollo del hombre, decisivos para el establecimiento de los sistemas de valor-actitud, continúa durante toda la vida. Al hacerse maduro y llegar a la vejez, el individuo se ve constantemente obligado a olvidar las pautas de respuesta que ya no son eficaces y a aprender otras nuevas más adecuadas al momento actual y al lugar que ocupa en la sociedad. En cada paso de este proceso la cultura sirve de guía, no sólo le proporciona los modelos para el desarrollo de sus papeles cambiantes, sino que también se asegura de que dichos papeles sean totalmente compatibles con sus sistemas de valor-actitud.

Todas estas pautas de comportamiento cultural, aparte de sus relaciones funcionales, tienden a mostrar una gran cohesión psicológica. El individuo «normal» que a ellas se ajusta, nunca se verá obligado a hacer algo incompatible con los estratos profundos de la estructura de su personalidad. Cuando una sociedad toma prestada de otra una pauta de conducta, si es congruente

con sus sistemas de valor-actitud tiende a reforzar los mismos, mientras que, si no concuerda con ellos modifica y reconstruye esa pauta hasta que se torna congruente con su tipo básico de personalidad.

Por todo lo anteriormente expuesto se puede concluir que tanto las aptitudes innatas como el medio ambiente son factores intervinientes en la formación de la personalidad, pero ni los unos ni los otros pueden ser considerados como exclusivamente dominantes en este proceso.

b.- Esta segunda conclusión presenta pocas dificultades para ser explicada, ya que, no existen dos individuos que sean exactamente iguales, ni aún siendo gemelos. La configuración genética de cada individuo hace que desde el momento de su nacimiento los sujetos comiencen a diferenciarse por su tamaño, peso y vigor. Poco después se pueden apreciar serias diferencias en cuanto a inteligencia y capacidad para aprender se refiere. El desarrollo de estas potencialidades, fijadas por la herencia, reciben la continua influencia de los factores ambientales, siendo la personalidad el producto de esta interacción. Así pues, aún en el caso de que pudiesen existir ambientes idénticos, a los sujetos les proporcionarían experiencias diferentes, las que al ser integradas producirían los diversos tipos de personalidad.

Pero en realidad, la situación es mucho más compleja. Solo en algunas sociedades muy sencillas, donde las diferencias en la forma de vivir son escasas, el aspecto del medio cultural puede ser relativamente uniforme. En el resto de las sociedades, aún en las más integradas, el ambiente con el que los individuos deben interactuar raras veces coincide. Unas veces las diferencias provienen del medio físico, de los objetos materiales con los que cuenta un individuo, de sus bienes y pertenencias. Otras veces, las diferencias estriban en el tipo de relación que el sujeto establece con otras personas y de la influencia que éstas puedan tener en la implantación de su sistema de valores y de actitudes.

Es muy difícil valorar la importancia que las variaciones que se producen en el medio físico pueden tener en la formación de la personalidad, pero todo nos hace suponer que, aún siendo importantes, son de significación secundaria. En cuanto a las variaciones producidas por la interacción con otras personas, parece evidente que el continuo contacto que el sujeto tiene con sus padres y hermanos es decisivo para la configuración de un determinado tipo de personalidad. Huelga decir que la experiencia que el sujeto obtiene de estos contactos es tan variable como los individuos mismos. Dentro de los límites impuestos por la cultura esta relación puede ser afectuosa o indiferente, estricta o permisiva, puede estar basada en la comprensión y ayuda o en la despreocupación y abandono.

Las diferencias individuales y del medio ambiente son capaces de entrar en una infinita serie de cambios y combinaciones, lo que implica que es igualmente diversa la experiencia que los individuos pueden obtener en esta interacción. Esto nos parece suficiente para explicar las diferencias del contenido de la personalidad que se encuentran entre los miembros de toda sociedad.

c.- La tercera conclusión planteada presenta mayores dificultades para su verificación. El por qué todas las sociedades parecen presentar aproximadamente el mismo campo de variabilidad y los mismos tipos básicos de personalidad,

plantea un problema mucho más difícil de resolver. La mayor parte de los investigadores que han tenido contactos serios con un cierto número de sociedades diferentes creen en esta afirmación, incluso los resultados de la aplicación en diferentes sociedades de pruebas objetivas* como el test de Rorschach o el test de apercepción temática de Murray (TAT) parecen corroborar esta tesis. Pero para poder demostrarlo o rechazarlo hay que esperar al desarrollo de técnicas mucho mejores para el diagnóstico de la personalidad. De todas formas debemos aclarar que el término personalidad se está empleando en un sentido especial. Lo que queremos decir es que dos miembros de sociedades diferentes tal vez difieran en las respuestas específicas, que cada cultura establece como modelos, pero tanto sus aptitudes como su sistema básico de valor-actitud son muy parecidos.

Las semejanzas existentes en los niveles de aptitud de los miembros de diferentes sociedades no resultan difíciles de explicar. No cabe la menor duda de que los seres humanos pertenecen a una sola especie, de modo que esta común pertenencia implica que el campo de variabilidad, en lo que a las aptitudes se refiere, tiene que ser el mismo para todas las sociedades. Más difíciles de explicar son las semejanzas de los sistemas generales de valor-actitud que presentan los individuos educados en ambientes culturales diferentes, pero su existencia parece incuestionable. A la luz de los actuales niveles de conocimiento, la explicación más adecuada parece ser la de que, en esencia son el resultado de la coincidencia de ciertas situaciones familiares que inciden sobre individuos cuyas aptitudes son de niveles semejantes. Estos sujetos, aún admitiendo siempre variaciones individuales en las pautas que regulan la interacción familiar, tienden a distribuirse casi en los mismos órdenes de dominio y a crear las mismas pautas de acción recíproca en todas las sociedades.

Por otra parte, podemos observar toda una serie de situaciones que se repiten en todas las sociedades y que nos animan a considerar la existencia de ciertas similitudes en los tipos de personalidad. Una de estas situaciones, biológicamente condicionada, es la presencia en toda sociedad de hijos mayores e hijos menores, de hijos sanos y fuertes así como pusilánimes y enfermizos. Lo mismo puede decirse de las relaciones entre padres e hijos, porque habrá hijos favoritos, deseados o indeseados, hijos buenos e hijos que despiertan recelo en sus padres. Dentro de los límites establecidos por la cultura algunos padres serán afectuosos, tolerantes e indulgentes, mientras que otros se complacerán en ejercitar al máximo sus funciones disciplinarias.

De cada una de estas situaciones el sujeto obtendrá unas primeras experiencias especiales, que a largo plazo moldearán su forma de enfrentarse a nuevas situaciones y contribuirán a la formación de su peculiar personalidad. Por lo tanto, si individuos en esencia semejantes, pero pertenecientes a sociedades distintas, se ven expuestos a situaciones parecidas en el seno de su familia, el resultado será una acentuada similitud en los estratos más profundos de las configuraciones de su personalidad.

En resumen, la cultura debe considerarse como el factor dominante en la implantación de los tipos básicos de la personalidad de las sociedades. En lo

* Miner, H. & De Vos, G. (1960). *Oasis and Casbah: Algerian Culture and Personality in Change*. Ann Arbor: University of Michigan Museum of Anthropology. Anthropology Papers, nº 15

que respecta a la formación de la personalidad del individuo, la cultura actúa como un factor más dentro de una serie de factores entre los que están la potencialidad del sujeto, fisiológicamente determinada, y sus relaciones con los demás individuos. No cabe la menor duda de que en ciertos casos son factores distintos de los culturales los que determinan sobre todo la producción de una configuración particular de la personalidad. Sin embargo, parece que en la mayoría de los casos la influencia de los factores culturales es tan evidente que los podemos considerar como dominantes. En todas las sociedades, las personalidades de los individuos «normales», corrientes, que son las que hacen marchar a la sociedad por sus vías habituales, pueden explicarse por factores culturales. Pero al mismo tiempo, en toda sociedad hay individuos atípicos cuya personalidad cae fuera de la zona de variabilidad de la cultura.

BIBLIOGRAFÍA

- Boas, F. (1911). *The Mind of Primitive Man*. Edit. McMillan. New York 1930.
- Cencillo, L. y García, J.L. (1972). *Antropología Cultural: factores psíquicos de la cultura*. Edit. Biblioteca Universitaria Guadiana. Madrid 1976.
- Chinoy, E. (1961). *La Sociedad, una introducción a la Sociología*. Edit. F.C.E. México 1968.
- Fromm, E. (1955). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Edit. F.C.E. México, 1990.
- Giner, S. (1969). *Sociología*. Edit. Península. Barcelona 1971.
- Kardiner, A. (1939). *The Individual and His Society: The Psychodynamics of Primitive Social Organization*. Edit. University Columbia Press. New York.
- Kardiner, A. (1945). *The Psychological Frontiers of Society*. Edit. Columbia University Press. New York 1956.
- Kroeber, A.L. y Kluckhohn, C. (1952). *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*. Edit. Vintage. New York.
- Linton, R. (1936). *El Estudio del Hombre*. Edit. Fondo de Cultura Económica. México 1972. (9ª Reimpresión).
- Linton, R. (1945). *Cultura y Personalidad*. Edit. Fondo de Cultura Económica. México 1983.
- Le Vine, R. (1973). « *Cultura, conducta y personalidad* ». Edit. Akal. Madrid 1977.
- Levi-Strauss, C. (1968). *Antropología estructural*. Edit. Eudeba. Ciudad.
- Malinowski, B. (1926). *Crimen y costumbre en la Sociedad Salvaje*. Edit. Ariel. Barcelona 1964.
- McDougall, W. (1921). *Social psychology*. Edit. John Luce. Boston.
- Maslow, A.M. (1967). *Toward a psychology of being*. Edit. Van Nostrand. New York 1968.
- Mauss, M. (1967). *Introducción a la Etnografía*. Edit. Istmo. Madrid 1971.
- Miner, H. & G. De Vos (1960). *Oasis and Casbah: Algerian Culture and Personality in Change*. Ann Arbor: University of Michigan Museum of Anthropology. Anthropology Papers.
- Pinillos, J.L. (1989). *El problema de las mentalidades*. En Rodríguez y Seoane (comp). *Creencias, actitudes y valores*. Edit. Alhambra Universidad. Madrid.
- Tylor, E. (1871). *Cultura primitiva I y II*. Edit. Ayuso. Madrid D.L. 1976-1981.